

# Héroes

Ernesto Goñi Montero



**HÉROES**

**ERNESTO  
GOÑI MONTERO**

# Capítulo 1

## **SIN MIEDO**

Saber que vas a morir, que te ha llegado la hora, aunque todavía tengas muchas cosas por hacer, asuntos importantes que dejaste a medias, te arranca el miedo a cometer acciones descabelladas en circunstancias extraordinarias.

Sin ese miedo al peligro, sin ese instinto natural de supervivencia, te conviertes en un loco, pero también en una especie de héroe. Tengo treinta y cinco años, una edad ideal, ya que soy lo suficientemente joven para alardear de una energía inagotable, de la posibilidad de exprimir cada segundo al límite sin acomodarme en la tranquilidad de una vida sin sobresaltos, pero no soy tan joven como para carecer del necesario avituallamiento para determinadas empresas: dinero, sensatez, madurez y experiencia.

Lo que ignoras cuando te adentras en la década más importante de la vida de un hombre, ésa que comprende de los treinta a los cuarenta años y en la que cada acto define definitivamente lo que serás el resto de tu vida, es la constante sensación de urgencia que te acompañará durante ese período. De pronto empiezas a correr una contra reloj con el final marcado en rojo en el calendario, y con suerte sabrás lo que necesitas saber, o por lo menos conocerás a dónde quieres que te lleve el camino. Todo ello sin contar con que las cosas requieren un ritmo, un espacio y un tiempo que no se suele corresponder con tus aspiraciones o tus deseos, incluso aunque para realizarlos no dependas de nadie más que de ti mismo.

En el meridiano de este ciclo tan representativo, a mitad de un camino que inicié hace un lustro exacto, me subo al metro esta tarde pensando en estas cosas, sin tener muy claro todavía si las elecciones que he ido tomando han sido las acertadas, si quizá no tenía opción, sin la certeza de estar dando pasos adecuados que no me hagan perder el tiempo.

Pero un acontecimiento absolutamente exagerado cambia de repente la perspectiva desde la que enfoco el escenario enredado, difuminado y convulso de una vida como cualquier otra, la mía.

Me subo al vagón del tren. Hoy no voy leyendo ningún libro. Ni siquiera escucho música con los cascos. Nada me aísla de lo que me rodea con excepción de mis pensamientos y mi propia tendencia a la abstracción. Pero de repente, dejo de pensar, casi por propia voluntad, harto de girar

sobre las mismas preocupaciones una y otra vez, y entonces tomo conciencia de mi entorno, y me empiezo a distraer de la misma manera que suele hacerlo casi todo el mundo cuando se encuentran encerrados en un espacio pequeño junto a otras personas más, de la mejor manera, supongo, que es observando a los demás.

Y probablemente porque soy escritor y me dedico a contar historias, no me limito solamente a mirar, sino que me transformo en un cotilla consumado e indiscreto, y no dejo de analizar.

En las estaciones sube y baja gente, pero unos cuantos se mantienen de momento todo el trayecto.

Una pareja de ancianos se sujetan como pueden a una de las barras laterales para no caer con el vaivén del recorrido. Y el hombre utiliza uno de sus brazos para rodear la espalda de su esposa, en un gesto inútil de protegerla y evitar el accidente con un frenazo que sin duda no conseguiría evitar. Resultan enternecedores. Yo estoy de pié. Nadie les cede su asiento, y aunque me dan ganas de increpar a la gente, llamándoles maleducados a la cara y delante de los demás, al final me callo y no digo nada.

Hay dos adolescentes sentados al lado, con ropas anchas de colores intensos, gorras mal caladas intencionadamente, compartiendo el mismo ipod, con un caso cada uno, sin hablar, mascando chicle y moviendo el cuello al ritmo de la música.

Un par de albañiles latinoamericanos con el mono azul de faena manchado de pintura seca por todas partes, intentan no caer rendidos de sueño, y cabecean una y otra vez. Uno de ellos lleva una lata vacía y estrujada de cerveza en una mano.

Frente a éstos, una mujer embarazada lee desapasionadamente en su tableta electrónica. Por el tamaño de su barriga, que casi no le permite enderezarse en su asiento, debe estar casi de ocho o nueve meses.

A su lado, dos monjas con hábito blanco y color hueso respectivamente, miran tímidamente hacia el suelo, Una de ellas juega con los dedos, enredándolos en el rosario que le cuelga del cuello.

El último asiento lo ocupa un ejecutivo de unos cuarenta años, bien afeitado, con gomina en el pelo, los zapatos relucientes, y la corbata bien anudada a pesar de que su jornada de trabajo ya ha terminado. No para de mover compulsivamente el pulgar por la pantalla de su teléfono táctil de última generación.

Dos señoras con sus peinados bien agarrados con laca para desafiar a la gravedad, de pié entre las dos filas de asientos, no paran de parlotear y

ocupan el silencio que las rodea con su conversación. Que si fíjate lo que me dijo fulanito, pues escucha tú lo que se atrevió a decirme menganito, que si mi hijo es un desastre, pues figúrate lo que hizo el mío el otro día, que si tendré que aguantar ese comportamiento de mi marido otra vez, pues imagínate cómo se lo monta el mío cuando hay partido de fútbol. Etcétera en una dirección, y el mismo largo etcétera en la otra. La misma conversación frívola que cualquiera intentaría evitar y en la que cualquiera acabará incurriendo sin remedio.

Cuando me planto en jarras frente al género humano en todo su esplendor cotidiano, solamente me asaltan dos sentimientos extremos, opuestos pero igual de reaccionarios, según el estado de ánimo que me acompañe en cada caso. Unas veces no me puedo aguantar el desprecio por la mediocridad que me rodea, y otras veces, envidia esa mediocridad, me invade la esperanza y todo se me antoja sutilmente maravilloso. Antes de llegar a ninguna conclusión en este caso, reparo en otro usuario del metro en esta tarde de otoño.

Un hombre corpulento, de aspecto descuidado, con una gabardina sucia que le llega casi hasta los tobillos, es el que más me llama la atención, principalmente porque es de esas personas que a simple vista no encajan en el esquema de lo demás, no exclusivamente por su pelo enmarañado y su larga barba gris amarillenta, no porque parezca un mendigo y éstos no suelen coger el metro en hora punta, ni siquiera porque un leve hedor, agudo como el ácido o la descomposición, apunte cualquier mirada hacia él como principal sospechoso. Me fijo en él como uno se fijaría en un árbol seco y ajado en medio de un parque exuberante en primavera, sencillamente porque no cuadra con el resto del paisaje, y aún así, precisamente porque está ahí, no puedes prescindir de él, aunque te preguntes las causas que lo han llevado a un lugar que no le corresponde. Está de pie en medio del vagón, muy cerca de mí, de espaldas, y es tal su envergadura, que aun encorvado, la cabeza le llega por encima de la barra del techo de la que se agarra con sus enormes manos. De pronto, se da la vuelta y hace lo mismo con mi lado del vagón que lo que ha estado haciendo con el que ahora le da la espalda. Mira descaradamente, mira detenidamente y sin disimulo, por lo menos no con el disimulo con el que yo y los demás lo hacemos, mira una a una a las personas que lo acompañan. Y cuando me llega el turno, un escalofrío me recorre el cuerpo entero, porque ese hombre con el rostro demacrado, me mira directamente a los ojos, con un odio y un asco en la mirada realmente aterradores, tan amenazantes que se me eriza el vello de los brazos y automáticamente me obliga a desviar la vista hacia otro sitio.

Intento relajarme y no prestarle atención, comportarme con naturalidad, como si su presencia no me inquietara, y juro que lo hago pensando que de esa forma, cuando vaya a atacar, yo no seré su objetivo principal. No sé por qué, pero así es. Estas cosas se piensan constantemente, son el reflejo en palabras de nuestros miedos incalificables. Y para no pensar en

ello, me pongo a observar a los demás, pero esta vez, no me limito a entretenerme con ellos, sino que analizo sus reacciones ante la mirada hiriente de aquel gigante.

Sin embargo, todo se precipita y no me da tiempo a pensar en nada más.

Noto un movimiento brusco. Lo primero que corta la escena como un cuchillo es un estruendo corto e intenso, y aunque sólo he escuchado ese sonido en las películas, lo reconozco perfectamente en la vida real. Un disparo.

Todo sucede muy deprisa. El ejecutivo se cae al suelo de rodillas y se lleva las manos al pecho, la camisa le sangra, y su rostro es la imagen del pavor. El ambiente se llena de chillidos de pánico.. Todo el mundo se levanta atropelladamente y se pisan unos a otros para llegar unos metros más allá, al extremo del vagón.

Giro la cabeza aunque estoy helado. A mi lado, el hombre de la gabardina tiene un brazo estirado y en la mano aferra una pistola. Se muerde el labio inferior, babea, tiene los ojos entrecerrados, está ido, completamente fuera de sí. Desplaza el brazo unos quince grados a la derecha y me apunta directamente al cuerpo. Ojalá pudiera decir que uno piensa en algo cuando le sucede algo así, pero sería mentira. No pienso en nada en absoluto, la cantidad de adrenalina que me recorre el cuerpo me hace temblar de terror. Dispara cuatro veces y coloco las manos estiradas hacia él en un intento absurdo de protegerme. Luego, en seguida se vuelve hacia los dos ancianos, que no se han movido de su sitio.

No he sentido nada, ningún golpe, ningún dolor, ni la menor sensación, y me pregunto en un instante si quizá no se siente nada cuando a uno le disparan, si no se siente nada antes de sentir por última vez y morir. Me miro de arriba a abajo asustado, me toco por todas partes, pero tampoco encuentro signos sobre mi ropa de que me haya alcanzado alguna bala. Pero lo que realmente me invade es una ira irracional hacia aquel hombre, y cuando le veo apuntar con el arma a esos indefensos ancianos, al ver al pobre anciano abrazar a su esposa como queriendo cubrirla por entero, no me lo pienso y me abalanzo sobre ellos justo antes de escuchar una nueva ráfaga de explosiones.

Me he colocado sobre los ancianos que están arrodillados en el suelo. Cierro los ojos y aprieto los párpados con fuerza. Si ya me ha disparado a mí, si ya estoy herido, si ya estoy condenado, pero tengo la suerte de que la energía y la vitalidad no me han abandonado, utilizaré todas las fuerzas que me queden para evitar que los demás lo estén. Ésta es una intención completamente instintiva, aparece sin más, como una lógica aplastante a la que obedezco como un muñeco sin voluntad, dejándome llevar por las

mismas fuerzas mayores que manejan a aquel asesino.

Con la nueva secuencia de disparos vuelvo a no sentir nada en absoluto, sin embargo, cuando abro los ojos y miro a los dos ancianos a mis pies temiéndome lo peor, me parece descubrir que están intactos, aunque la mirada vidriosa de él refleja un miedo tan visceral como para matarlo en el acto de un infarto. No hay duda, las balas han debido caer de nuevo sobre mí.

Miro al gigante asesino, miro a ese hijo de puta mal nacido, y lo veo retroceder dos pasos hacia atrás, dobla el brazo, mira la pistola, y aunque su rostro no refleja ninguna emoción, en su actitud detecto cierto desconcierto. No obstante, dura muy poco, ya que rápidamente se olvida de los ancianos y de mí, y contraataca disparando sobre el cuerpo moribundo del ejecutivo. Soy testigo de cómo su cuerpo expulsa sangre a borbotones en diferentes puntos de su anatomía. En seguida, el asesino se cuadra echando los hombros hacia atrás, endereza el brazo y apunta al grupo de personas que se hacían al final del vagón. Los llantos y las lamentaciones son escalofriantes.

Veo a la embarazada a mitad de camino, de rodillas, llorando y agarrando su gran barriga con una mano, y la sensación de que soy el único en aquel tren que por mala suerte ya no tiene nada que perder, se apodera de mí, y me lanza súbitamente a socorrerla justo cuando el mendigo empieza a disparar sin piedad sobre ella. Oigo cómo vacía el cargador a mi espalda, pero como me siento con fuerzas, levanto a la mujer embarazada y la arrastro como puedo hacia el fondo. Ella me dedica una mirada indescriptible, de las que agradecen mejor que ninguna otra expresión precisamente porque no saben cómo hacerlo. Esa mirada lo cambia todo.

Ahora todos me miran de esa manera, y quizá me lo invento pero parece que me suplican que haga algo. Las monjas rezan con las manos entrelazadas y una de ellas lo hace en alto, los dos obreros yacen en el suelo con gesto de desamparados, los jóvenes de las gorras se abrazan y sollozan sin parar, la mujer del libro electrónico se ha quedado estática, en estado catatónico, y su bloqueo se hace extensible a las otras mujeres que no pueden dejar de gritar la misma llamada de socorro, la misma súplica desesperada.

Me doy la vuelta y en un segundo me asalta la idea clara de lo que tengo que hacer. Todas aquellas personas aún tienen muchas cosas que hacer, no merecen morir allí. El destino ha querido que los proyectiles me alcancen a mí, y eso me coloca en la jodida posición de morir antes que nadie, de morir mientras los demás tratan de sobrevivir, pero también en la extravagante y terriblemente irónica situación de hacer algo al respecto, ya que, sin lugar a dudas, soy el único que no tiene nada que

perder.

Así que mientras el enorme asesino de la gabardina se decide, mientras pulsa el gatillo otra vez, mientras descarga las últimas balas que le quedan sobre nosotros, mientras se ensaña violentamente, yo me incorporo, me coloco delante y camino hacia él con la decidida intención de suicidarme, o más bien, de acabar con mi vida un poco antes haciendo algo que por lo menos merezca el trance, mi mala suerte y la pena.

Ya no apunta a la gente. Me apunta a mí. Dispara sin parar. Yo sigo sin sentir nada, y aunque no lo entiendo, ya nada puede detener lo que está a punto de ocurrir.

Ya no me protejo con la manos, ni siquiera desvío la cabeza, y si bien entorno los ojos por puro acto reflejo, nada consigue que aparte la mirada de mi objetivo. Una rabia bien dirigida se convierte en mi arma. Dar por sentado que ya no hay oportunidad para mí, y mi abandono posterior, se transforman en mi valor.

Alcanzo al hombre, y me aproximo hasta que la punta de la pistola me roza la frente. Nuestros movimientos son muy lentos, pero todo sucede muy rápido. El dispara una última vez pero sólo se escucha el clic del gatillo. O se ha encasquillado o ha agotado las balas. Estoy agotado de la excitación, así que sólo puedo quitarle el arma y empujarlo con suavidad. Él no ofrece resistencia, simplemente retrocede, se pone de cuclillas en el suelo y se tapa la cabeza con las manos.

El tren llega a la siguiente estación. La gente se agolpa en las puertas, salen precipitadamente, el caos se adueña del andén. Dos hombres del personal de seguridad se acercan corriendo. El eco del ruido es ensordecedor.

Salgo muy despacio. Dejo caer el arma. No me duele nada, pero me siento terriblemente débil. Espero a que llegue el final preguntándome qué forma tendrá, y después, sencillamente, me desmayo.

Cuando despierto, me descubro tumbado en una cama de hospital, aturdido y confundido. Pienso que he tenido una pesadilla terrible, un mal sueño en el que moría, un sueño en el que me mataban, y me pregunto qué habrá sucedido en realidad. Una enfermera interrumpe mi campo de visión y al comprobar que tengo los ojos abiertos, se encarga de explicarme con entusiasmo todo lo que necesito saber.

No ha sido un sueño. Todo es real. Un hombre ha disparado en el metro, yo he cometido la estupidez de ponerme en medio y no me ha rozado ninguna bala.

Después de que un médico compruebe los resultados de mis análisis y me dé la enhorabuena, dedicándome la enigmática frase de "has sido muy valiente, ojalá existiese más gente como tú", me traen la ropa, me visto y salgo de la habitación pensando que aquello que impulsó mis actos no fue la valentía, sino la más genuina de las cobardías, esa que me hizo querer morir cuanto antes, en vez de prolongar un sufrimiento que en realidad no llegó nunca.

En la sala de espera hay un montón de cámaras de televisión y una multitud que me aclama, y entre los rostros sonrientes en seguida reconozco la cara de aquella mujer embarazada, los hábitos de aquellas dos monjas, los peinados de dos señoras y las gorras de aquellas dos jóvenes, todos y cada uno de aquellos rostros que nunca olvidaré porque hay rostros que permanecen imborrables en la memoria, los rostros que creí haber soñado, pero que son de verdad.

El resto, como siempre, es otra historia, la que sin duda acabaré de escribir, sin prisa, sin ser impaciente, sin preocuparme de nada más, porque es lo que sé hacer, porque es lo que hago, y porque si no he muerto todavía, es lo que tengo que hacer.

## Capítulo 2

### **CARCAJADA**

Me dispongo a relatar un hecho insólito que ha sucedido hoy, algo que ha ocurrido muy cerca de mi, un acontecimiento del que he tenido la oportunidad de ser testigo y que ha convertido un miércoles rutinario en un día extraordinario, algo que ha marcado un estigma a fuego en mi conciencia y que jamás podré olvidar.

No soy de los que se ríen. No tengo nada en contra de la risa, aunque he de reconocer que me incomoda cuando la escucho en exceso, es decir, cuando se prolonga demasiado tiempo, viciándose hasta hacer que la gente produzca sonidos extraños, o cuando estalla adquiriendo un volumen suficiente como para llamarlo carcajada. No sé cuál es la causa, simplemente me molesta, me hace arrugar la frente y me dan ganas de taparme los oídos.

Tampoco quiero dar la impresión de que soy un amargado. Supongo que todo el mundo tiene un tipo de sentido del humor, un umbral de resistencia frente a las cosas divertidas. Pues bien, ese umbral es tremendamente alto en mi caso, e igual que habrá gente a quien cualquier situación le parezca graciosa, a mi hay pocas circunstancias que me arranquen una sonrisa, así que imagínense la escasa cantidad de veces que he llegado a reírme y las contadas ocasiones en las que esa risa ha sonado y salido de mi interior con una intensidad que me obligara a abrir la boca.

Todo esto no significa que desdeñe de los efectos saludables de esta cualidad característicamente humana, y matizo de esta forma porque como comprenderán, aunque los animales son capaces de sentirse contentos y felices o profundamente desdichados, nunca lo expresan riendo a carcajadas o sollozando, berreando y haciendo pucheros. En algún artículo he leído que el humor reduce las hormonas del estrés, que una carcajada intensa aumenta el ritmo cardíaco, estimula el sistema inmunológico, potencia el estado de alerta y ejercita nuestros músculos. Dicen que reírnos aumenta los niveles de endorfinas, ese anestésico natural de nuestro organismo que hace que las cosas nos duelan menos. He llegado a escuchar que el humor potencia la creatividad de las personas, y encima, al parecer, cuanto más larga y sonora es una risa, más contagiosa se vuelve y más sensaciones positivas transmite. Pues perfecto, a mí me irrita, en definitiva, no me sucede, o por lo menos, tengo experiencias de sobra de que en mi caso causan el efecto contrario.

Si, es verdad que soy de esos que se revuelcan en su soledad, no tengo novia, mis padres murieron, soy de pocos amigos, y me nutro de mis tristezas para componer mis canciones y mis poemas. Ni que decir tiene que el público suele reclamar argumentos optimistas y positivos que les saquen del tedioso gris de las vidas en las que se ven envueltos, vamos, que nadie va a ver un concierto para que le recuerden lo jodido que está todo, o se compra un libro para pasarlo mal. O sea que no soy un músico o un escritor de éxito, ni siquiera medianamente popular, y ya estoy más que convencido de que así seguirá siendo. Pero en fin, el caso es que me siento cómodo en esta pose sobria y seria que he desarrollado con los años.

Les confieso que todo lo que acabo de desglosar en esta introducción ha cambiado. Algo ha cambiado dentro de mi. De hecho, mientras escribo este relato, soy incapaz de no hacerlo sonriendo, y efectivamente, me siento más feliz, más creativo, más relajado, más pleno de yo que sé que mierdas que estará liberando mi cuerpo.

Es tarde, mañana tengo que madrugar para regresar al mismo trabajo que durante años he detestado, las fotografías de mi ex novia aún me acosan desde las estanterías, tengo un catarro que después de una semana, todavía no quiere largarse y dejarme tranquilo, las noticias del telediario, como de costumbre, no han sido demasiado alentadoras, y la cena precocinada que me he calentado con el microondas no ha resultado un manjar para deleitarse de placer. Básicamente, mi vida sigue siendo igual de insulsa e insustancial de lo que era esta mañana, pero me da igual, porque sonrío a gusto, porque ahora sé que nada me quitará las ganas de reír.

Toda la transformación ha sucedido de la siguiente manera:

Me levanté esta mañana, hacía un frío insoportable, de esos que se te cuelan por dentro y se te clavan en las carnes como alfileres, y nada más llegar a la parada del autobús, la primera en la frente, ya que va el conductor y se pasa de largo la parada porque no he debido estirar el brazo lo suficiente para que me vea, o quizá porque todavía es de noche y tanto él como yo deberíamos estar durmiendo, o a lo peor, porque sencillamente es un cabrón. Cuando por fin llega el siguiente, ya sé de sobra que llegaré por enésima vez tarde a trabajar y mi jefe me dedicará una de sus excelentes sonrisas, de esas que reflejan la satisfacción de verme cada vez más cerca de su objetivo, despedirme por motivos procedentes.

Dentro del autobús me encuentro con los mismos rostros soñolientos que suelo cruzarme todos los días. Una mujer tan embarazada que hace tiempo que debería haberse cogido una baja, y que no quiero imaginarme el motivo por el cual no lo ha hecho todavía. Varios estudiantes con sus carpetas y sus mochilas, adolescentes con una edad tan temprana como

para no alegrarse de lo jóvenes que son, sino para martirizarse por lo incomprensidos y raros que se sienten al tener que aprender tantas cosas a marchas forzadas para conseguir eso que llaman madurar y ser reconocidos como adultos de la nueva hornada. Dos ejecutivos tan excelentemente dispuestos como el día anterior, con el traje de ese día, la corbata de ese día, los calcetines y la camisa a juego, la barba perfectamente rasurada, ningún pelo fuera de la onda que ha marcado la gomina y una fragancia aguda resultado de la mezcla del olor de su suavizante, su desodorante, su aftershave, y su colonia dulzona, que por supuesto no dejan de acariciar sus móviles para ir adelantando trabajo antes de llegar a la oficina. La pareja que está sentada al fondo siempre se sienta allí, en uno de esos aburridos actos cotidianos; nunca se hablan, quizá porque tienen demasiado sueño, a lo peor porque no tienen nada que decirse. Dos pintores con sus monos de faena dan cabezadas contra la luna de cristal. Tres o cuatro ancianos ya están en marcha, y posiblemente se hayan levantado antes que nadie por culpa de esa característica ligada a la vejez de no poder dormir más de cuatro o cinco horas, como si cuanto más mayor fuese una persona y menos cosas tuviera para ocupar su tiempo, más cantidad de éste le brindara la irónica vida, o probablemente, sólo porque les dolerá la espalda.

De repente, en medio de ese ambiente denso, pesado y silencioso, un hombre que está a mi lado, de pié en mitad del autobús suelta una carcajada muy breve, pero lo suficientemente ruidosa para que todos y cada uno de los presentes se olviden de lo que hacen o piensan y giren la atención hacia él. Hago lo propio, sin embargo, cuando los demás vuelven a distraerse con lo suyo, yo no puedo apartar la vista de aquel extraño.

Ha agachado la cabeza avergonzado y se tapa la boca con ambas manos. Tras una pausa de un minuto aproximadamente, parece recomponerse y vuelve a enderezarse. Entonces tengo la oportunidad de observarlo con mayor detenimiento. Mira a través de la ventana, pero su mirada está completamente vacía, y sin duda, no mira a ningún sitio, sino que tiene los ojos perdidos en alguna imagen de su imaginación, en algún recuerdo que le hace sonreír como un tonto. Transmite una sensación de paz profunda. Tiene los músculos de la cara relajados, respira muy despacio, y parece que quisiera acurrucarse en el suelo y quedarse dormido. Si me dijeran que está drogado, que ha fumado hierba o le han colocado un chute de morfina me lo creería. El rostro de la felicidad, el gesto de alguien que no está.

Lo que quiera que sea que ocupa sus pensamientos le va transformando el gesto, y yo soy testigo en primera línea del preámbulo de lo que precisamente les quería contar. La sonrisa se le ensancha poco a poco hasta enseñar todos los dientes, cierra los ojos, y le veo coger una bocanada de aire muy lenta y todo lo profunda que le permiten sus pulmones. Después un instante de pausa, y en seguida, una explosión completamente incontrolada, una carcajada desproporcionada que lo deja

sin aliento. Casi se oye el típico jaja con el que se describe la risa. Le cuesta volver a coger aire para la siguiente carcajada, y otra más sigue a la anterior entre jadeos y pitidos de felicidad. Se agarra con una mano a la barra que tiene frente a él y con la otra se apoya en las rodillas para no caer rendido al suelo, y no deja de reír, y ya no es escandaloso, sino dulce como una música extraña y fluido como el agua que baja por un río.

Primero son los estudiantes y luego los ejecutivos, la pareja del fondo se hace de rogar pero acaba vencida a una electricidad que ocupa todo el espacio, la embarazada se suma en seguida, los ancianos tardan un poco más, pero finalmente, todas las personas dentro del autobús, incluido el conductor que echa ojeadas a través del espejo retrovisor, se ven subyugados a esa energía que se despliega como una serpentina, y terminan por reír sin parar, tímidamente al principio y abiertamente después, mirándose los unos a los otros, contagiándose unos a otros, incluso agarrándose del hombro o abrazándose.

Algo inaudito, absurdo, surrealista. Estoy petrificado, sin poder reaccionar, completamente alucinado con el espectáculo. Y sólo me pregunto hasta donde llegará esa situación, cuál será el final de esa cascada de fuerzas inagotables, de esa acción y reacción, si verdaderamente continua sin fin.

El hombre tiene un montón de lágrimas que le recorren las mejillas, y por un instante me mira directamente a los ojos. Entonces, algo más poderoso que mi propia voluntad, se apodera de mi sangre, siento un cosquilleo en la punta de los dedos y me debilito por momentos, y sin poder apartar la mirada de aquel hombre, esa fuente de energía, ese motor de buenas vibraciones, como si me hechizara de pronto, me obliga a sonreír, y casi sin darme cuenta, se me escapa una carcajada. Me hace sentir ridículo pero también me hace sentir muy bien, e inevitablemente tira de la siguiente carcajada, desde donde quiera que estuviese escondida, y detrás de ella todas las demás. Literalmente, me parto de la risa, y es que siento como si unos cuantos nudos dentro de mi cuerpo se desataran repentinamente.

Sin embargo, y aunque me gustaría contarles que poco a poco la risa se fue atenuando hasta apagarse suavemente, no me queda más remedio que ceñirme a la verdad.

Todo ese sonido lleno de esperanza se quiebra de golpe y se corta demasiado bruscamente. El hombre que lo ha provocado se ha caído al suelo. Todavía riéndose, una mujer que se ha acercado a socorrerlo, como para ayudarlo a incorporarse, le toma el pulso, y grita para nuestro asombro: "Este hombre se ha muerto".

El silencio que sigue es mucho más hueco que cualquiera que haya experimentado en mi vida, quizá porque es el vacío posterior a algo que lo llenaba todo.

Las miradas reflejan expectación, preocupación, incredulidad. La mujer, atónita, vuelve a alzar la voz: "joder, soy médico, este hombre está muerto, paren el autobús y llamen a una ambulancia".

El resto de la historia se la pueden imaginar. Un autobús parado en el arcén. La luces de la ambulancia iluminando los rostros contritos y apesadumbrados de los espectadores que han sido testigos de la tragedia. Una de las adolescentes habla por el móvil con alguien, y está tan cerca de mí que la oigo murmurar: "nada, tía, un hombre en el autobús, ha sido alucinante, se ha muerto de risa".

Llego tan tarde al trabajo y la historia que cuento es tan increíble, que mi jefe ni siquiera sabe qué decir y me despacha con un gesto de la mano.

No me puedo quitar la imagen de aquel hombre de la cabeza. Durante todo el día, una y otra vez, se repite la misma imagen, la de aquel cadáver con una amplia sonrisa en el rostro, y sólo cuando vuelvo en el autobús por la tarde, al observar a los que me acompañan y sentir la fragilidad de todos nosotros, concluyo para mis adentros, que no se me ocurre una mejor manera de morir, y sin querer, sin darme cuenta de que llevo un rato sonriendo, suelto una carcajada, y después de lo que he vivido, no me da vergüenza, me importa un carajo lo que piensen de mí, así que sigo y sigo, hasta contagiársela a unas cuantas personas que me rodean. Me sorprendo de lo poderosa que es la risa, incluso la mía, que llevaba años oxidada y a la que no he dedicado ningún ejercicio. Y antes de salir de autobús, justo antes de que se abran las puertas en mi parada, un señor me agarra del brazo y con una voz enternecedora me dice: "Muchas gracias". No me ha dado tiempo a preguntarle qué es exactamente lo que me agradecía. Quizá había tenido un mal día y yo se lo he alegrado, quién sabe.

Si les cuento que estoy seguro de que mis poemas van a cambiar el tono y que posiblemente me publiquen, que he aprendido algo que no voy a dejar de reflejar en mi obra y que seguramente la gente empiece a querer leer mis libros o acudir a un bar a escuchar mis canciones, que con suerte abandonaré el trabajo al que me había acomodado, y que no dejaré que la pena, lo malo y lo oscuro que me rodea me hinche y me ciegue los ojos nunca más, ustedes podrán asegurar que soy un iluso, y quizá tengan razón, quizá vuelva a rendirme.

No obstante, hay algo de lo que tengo una certeza absoluta, y es que a partir de ahora, no perderé la menor oportunidad de reírme, y si es a carcajadas mucho mejor, cualquier excusa será buena para hacerlo, la empuñaré como un arma, y con un poco de suerte, sólo un poco porque espero que la probabilidad juegue a mi favor, cuando venga a buscarme la muerte, me pille riéndome hasta de ella.

## Capítulo 3

### LA PAREJA PERFECTA

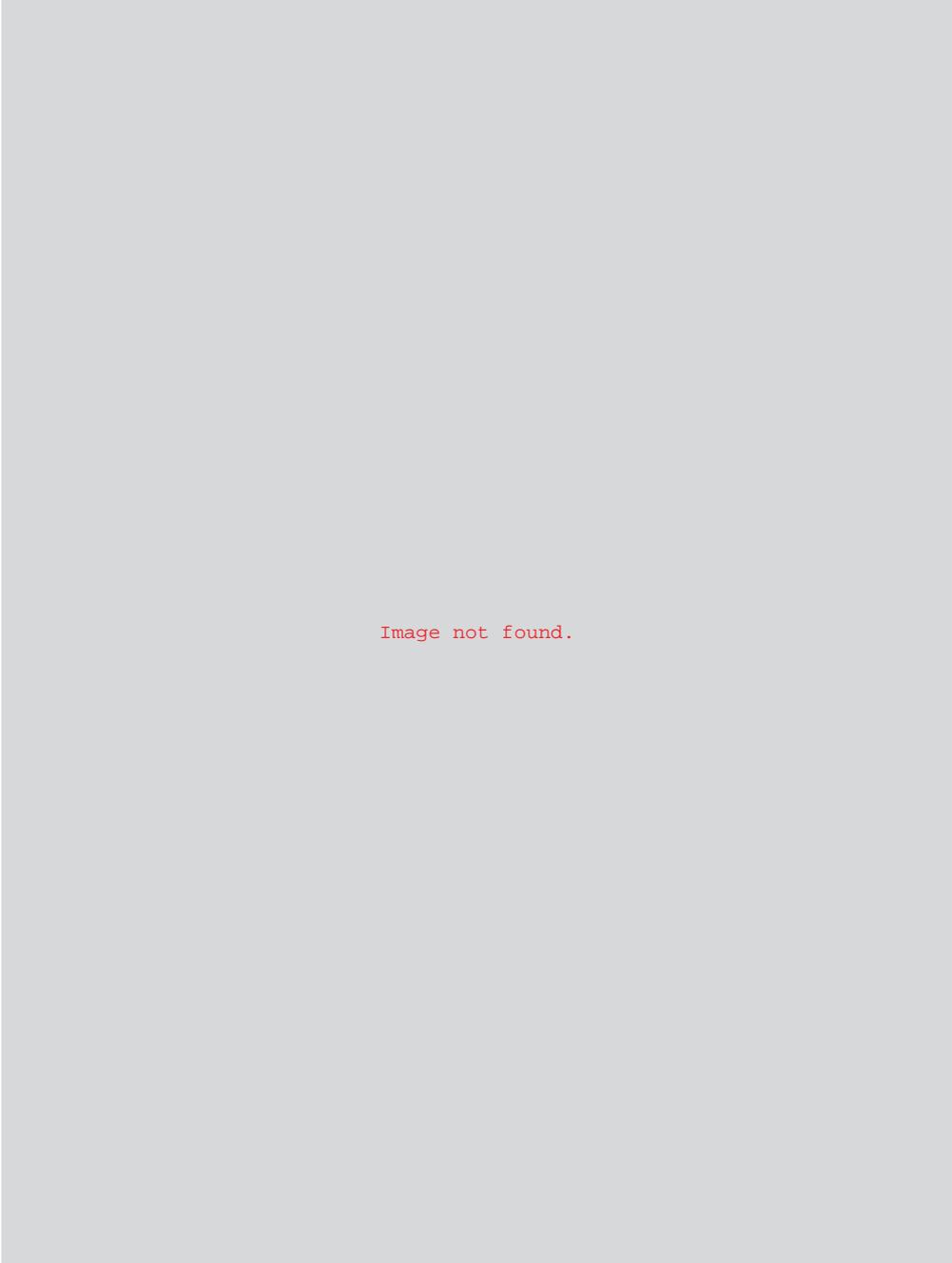


Image not found.

Hubo un día en que mi abuela comenzó a desbaratar las ideas preconcebidas que tenía sobre el amor con una lucidez apasionada, como si fuera su última oportunidad de hablar a corazón abierto:

“ Empecé a salir con tu abuelo cuando aún era muy joven, fue tan perseverante a la hora de perseguirme y halagarme con cientos de promesas y regalos que no tuve otra opción que rendirme. ¿Que si me

gustaba? Pues mira, no sé, supongo que con diecinueve años, si un chico se interesa de ese modo, pues te gusta. ¿Que si me habría fijado en él si no se hubiera empeñado? Posiblemente no. Nunca fue mi tipo.

Era otra época, si uno se ennoviaba no había vuelta atrás. Estuvimos saliendo un año entero, nos divertíamos mucho juntos, nos hicimos íntimos, qué se yo, se convirtió en mi mejor amigo casi sin que me diera cuenta.

Un día tuvimos una discusión muy fuerte y lo mandé a freír espárragos. No me acuerdo cuál fue la tontería de turno que nos hizo acabar así, ya sabes que siempre estamos a la gresca. Qué años aquellos. Ni te imaginas cómo estaba el percal, caían bombas y corríamos a refugiarnos en las tiendas de alrededor. Yo flirteaba con los guardias en la entrada del ministerio de gobernación para que me dejaran visitar a mi padre y los amigos que habían sido encerrados en el calabozo por el régimen sin mayor alegato que el de ser rojos. Les prometía que les dejaría sacarme de paseo un día y a cambio me dejaban entrar y llevar comida a aquellos pobres damnificados de la guerra.

Nunca jamás me habría dejado tocar por uno de aquellos grises, pero no me faltaban pretendientes. ¿Qué te crees, que siempre he tenido esta pinta?

Pasaron varios meses, y un día me encontré con tu abuelo en la estación de autobuses. Lo primero que dijo al verme fue que si quería salir con él, así, sin más, mirándome con esa cara que pone de no haber roto un plato en su vida. ¿Y qué pasa con esa chica con la que te han visto? Eso es lo que le dije toda digna y orgullosa. La dejaré, me contestó rápidamente. ¿Cómo que la dejarás, es que no te gusta?, insistí. Pero yo quiero estar contigo, concluyó muy seguro de sí mismo. No tenía ninguna duda al respecto, así que cumplió su palabra y volvimos a estar juntos.

Nada ni nadie pudo nunca rellenar ese espacio que ocupábamos el uno para el otro. Aunque muchas veces nos haya parecido que lo nuestro era una relación difícil de encauzar, nos dejamos guiar por lo fortuito sin tratar de entenderlo.

Estábamos hartos de la ciudad, de esa maldita sensación de tener que estar en todas partes para no perderte algo importante. Para poder marcharnos juntos sin que ninguna de nuestras familias se opusiera, decidimos que lo mejor sería formalizar nuestra relación. Eran otros tiempos. Ahora se extrañarían de que quisieras casarte sin haber ido a vivir primero con esa persona durante eso que llaman período de prueba. Como ves, en nuestra historia, lo menos emocionante son esos momentos que deberían haber sido los más significativos, pero a cambio, vivimos un montón de pequeños acontecimientos tan conmovedores que en su día, casi me cortaron la respiración. Como aquel día en que por fin empacamos

todo el equipaje, nos despedimos de la familia, nos subimos al tren y dejamos atrás todo para cumplir un sueño que curiosamente compartíamos.

He conocido a muchas personas en mi vida y todas perseguían sueños imposibles. Eso está bien, igual que hacer las cosas con entusiasmo. Pero también las he visto padecer por no alcanzar sus objetivos. He visto parejas que se rompían por no saber frenar, por no saber vivir con los restos imperecederos que deja la pasión cuando se acaba. En general, cariño, he visto cómo amigos y conocidos se cargaban de tristezas y frustraciones por querer más. Los he visto volverse más infelices cuanto más sabían, más leían, más tenían, cuantas más metas alcanzaban. No se puede perder la perspectiva de que vivir no es más que eso, vivir.

Nadie dice que sea fácil, pero hay algo auténtico en el hecho de seguir hacia delante, salvar los escollos, intentar hacer lo que más nos gusta, y admirar lo que nos rodea.

Las cosas se fueron colocando en su sitio sin que hiciéramos nada de particular. Cuando el dueño de la barbería falleció, sus hijos me vendieron el negocio. Me encantaba madrugar, abrir la cancela, recibir a la gente, charlar de trivialidades. Estábamos tan borrachos aquella noche que hicimos el amor en el jardín. Nueve meses después nació tu madre, no te puedes ni imaginar lo que eso supuso en nuestras vidas. La casa y el pueblo fueron creciendo y transformándose a nuestro alrededor. Vimos morir injustamente a muchos compañeros de todas las edades, tuvimos que defender lo que nos pertenecía por derecho en tiempo de posguerra, lidiar con burocracias absurdas, la enfermedad acechaba siempre detrás de cualquier esquina, en fin, todo eso y mucho más es la vida, una especie de regalo maravilloso difícil de manejar. "

Percibí una nube de melancolía en su rostro, como si estuviera velado por infinidad de recuerdos cálidos y agradables. Su cara era la de alguien que se siente afortunado, sin duda. Las historias de mi abuela nunca hablaban de grandes viajes por el mundo, ni de encuentros y desencuentros grandilocuentes, ni de enormes descubrimientos y revelaciones, sino de las más minúsculas características de lo cotidiano. Una vida como cualquier otra, decía ella, repleta de los mismos pequeños milagros. Mis abuelos jamás se plantearon qué era aquello de enamorarse, nunca pusieron esa etiqueta a lo que les unió de por vida, y fueron felices con lo que les tocó vivir. Si hubo o no esa chispa que a mí me obsesionaba, a la luz de una vida entera como la que compartieron, tiene muy poca importancia.

## Capítulo 4

### LA FORTUNA DE VALENTÍN



Aquí les presento a Valentín en la única fotografía que consiguió captarlo con una media sonrisa de resignación, el hombre con mayor estrella y peor fortuna que hayamos conocido jamás, ambas suertes en igual cantidad y medida.

La calle Torquemada, como recuerdo del inquisidor, no auguraba felices promesas, pero era allí donde se encontraba la administración de lotería número 262 del barrio de Hortaleza.

Valentín compraba lotería nacional todas las semanas.

En una ocasión, ajeno a su destino, se acercó a la ventanilla y entregó el boleto a la lotera. En la cara de ojos como platos que esbozó la mujer, Valentín adivinó lo que había sucedido antes de tiempo. La pidió que lo mantuviera en secreto, agarró los siete millones de pesetas con ambas

manos y sin dejar de observar el número con la cabeza agachada, salió del establecimiento. De repente, un golpe de viento lo golpeó de soslayo y el décimo se le escurrió entre los dedos. Su cara mientras éste se bamboleaba en el aire era una auténtica elegía, y su gesto, después de perseguirlo desesperadamente y ver cómo se colaba por la rendija de la ventanilla de un coche que pasaba a toda velocidad por la Carretera de Canillas, se arrugó en una mueca de indescriptible terror. Cuando entró en la administración de lotería y gritó lo sucedido nos quedamos estáticos, sin saber si debíamos reír o llorar.

Años después ganó unos cuantos miles de euros. Escondió la octavilla en su mesilla de noche, y se marchó a trabajar. Al regresar, después de haber pasado toda la tarde imaginando los viajes y proyectos en los que se iba a embarcar, el rostro se le quedó lívido al descubrir que el boleto no estaba en su sitio. Manuela, la señora de la limpieza que acudía los miércoles a su casa, tampoco volvió a aparecer.

Pasó un tiempo insignificante estadísticamente hablando, como para que por tercera vez le tocara la lotería. En esta ocasión fue la radio quien lo hizo partícipe de su suerte mientras sacaba dinero de un cajero del banco. Entusiasmado y nervioso, mientras regresaba a su casa, se guardó el billete de cincuenta en el bolsillo junto al comprobante de la operación, y rompió el boleto pensando que era el extracto bancario, en mil añicos como tenía por costumbre. Fue sentado en el sofá, tratando de adivinar qué había sucedido, cuando con pavor recordó la sensación que había tenido entre los dedos, de que el papel del cajero le había resultado demasiado duro al rasgarlo.

Ya era muy anciano cuando recibió la bendición del gordo de Navidad. En esta cuarta y última ocasión, después de celebrarlo junto a los demás vecinos en la puerta de la administración y de ser entrevistado por las cámaras de televisión, se apartó, se alejó, y cerca de la puerta de la iglesia, sonriendo, le entregó el décimo al mendigo que la custodiaba.

—¿Se siente afortunado? —le preguntó la periodista.

No supo qué responder.

## Capítulo 5

### VALIENTE



Hay un instante en que la vida pone a prueba a cualquier hombre, un momento que justifica todo lo que ha hecho y todas las decisiones que ha tomado, por muy insignificantes que pudieran parecer en su día. Son encrucijadas en las que uno siente que está haciendo lo que había venido a hacer a este mundo, como si el resto de las elecciones que lo habían guiado hasta entonces estuvieran meticulosamente encadenadas para dirigirlo a ese objetivo concreto. En definitiva, da igual cuál sea tu trabajo o a qué hayas querido consagrar tus esfuerzos, lo desencantado, aburrido o harto que estés de tus rutinas, porque hay un segundo en que todo encaja, y después ya puedes morirte tranquilo.

Abul Khayr había llegado a París hacía quince años y desde hacía diez trabajaba en aquella boulangerie del número 32 del Boulevard Richard Lenoire. Por la tarde cuando salimos de la redacción, casi siempre nos acercamos por allí, nos pedimos una porción de tarta de zanahoria, un café con leche y comentamos lo humano y lo divino de la jornada laboral. Muchos días, sobre todo cuando no hay más clientes esperando ser atendidos, Abul termina acodándose junto a nuestra mesa y responde a nuestras preguntas. Así somos los periodistas, eso somos en realidad, unos chismosos patológicos y unos murmuradores. ¿Por qué huiste?

¿Cuánto duró la travesía? ¿Qué hiciste al llegar? Lo cierto es que la historia es dramática pero él siempre la cuenta con humor y omitiendo detalles desagradables que podrían herir la sensibilidad del occidental criado entre algodones. Cosas como que le estafaron todos sus ahorros para escapar por mar más allá de la frontera y el ahogo de la mayoría de los que le acompañaban en aquella patera, principalmente de mujeres y niños. En este punto la vista se le pierde en algún rincón de la habitación y suspira como si fuese a echarse a llorar en cualquier momento. Seguramente imagina el cadáver tumefacto de alguno de aquellos niños. Cosas como que lo dejaron meses bloqueado en un campo del que nadie en Europa quería saber nada, donde terminó haciéndose cargo de tres hermanos de diferentes edades comprendidas entre los tres y los nueve años que por diferentes motivos habían quedado huérfanos. Sin duda, dice, habrían muerto si no lo hubiera hecho. Cosas como el inhumano destino de que te metan en un autobús con la promesa de llevarte a Alemania y permanecer varado en ese transporte durante días. Ni te imaginas la sensación de acostarte horizontal en una colchoneta después de pasar tanto tiempo prácticamente inmovilizado en un asiento, dice. Cosas como despedirse de sus vecinos y amigos de viaje y tener que dar a los tres niños que cuidaba en adopción, que ensombrecen su cara como si constituyeran su mayor dolor. Tener que currar ilegalmente de mantero vendiendo falsificaciones de bolsos y gafas de marca, o delinquir a su pesar robando para no morir de hambre, son cosas que suele omitir avergonzado.

Nos enseña fotografías de antes de que los echaran de su hogar, en las que aparece elegantemente vestido con un traje de chaqueta y corbata, el pelo engominado hacia atrás y la barba cuidadosamente afeitada. Luego, una que le sacaron en un campo de refugiados en Lesbos, en la que posa con el pelo sucio y despeinado, barba de varios días, ojeras moradas y un chándal sucio, casi como un indigente junto a otros tres desafortunados que lo abrazan. Porque eso sí, en la guerra o en cualquier sitio, uno siempre encuentra buenas personas a las que arrimarse y de las que hacerse amigo, y una situación tan dura estrecha lazos de un modo más fuerte del que cabe imaginar. No es lo mismo juntarse por necesidad que por capricho, dice. Su aspecto ahora no es el de las fotos de antes de que todo se fuera a la mierda, es como si tras el arduo peregrinaje la piel se le hubiera acartonado y oscurecido, como si el gesto le hubiera cambiado y el rostro se le hubiera nublado y cubierto de arrugas. La metamorfosis de la desgracia, lo llama él, aludiendo a esa clase de incidentes de la vida de los que uno nunca llega a recuperarse del todo. Y entonces siempre acaba hablándonos de Nathalie, la joven cooperante francesa de Montpellier que cayó un día por la pastelería, y se le llenan la boca, los ojos y el alma al explicarnos cómo se enamoraron y cómo terminaron compartiendo un humilde apartamento en el distrito trece junto al margen izquierdo del Sena.

Es en ese instante del último día que pasamos por allí cuando un percance viene de golpe a convertir a un buen hombre en un héroe. Él siempre decía que le encantaba su trabajo de camarero en la pastelería porque se trataba de cuidar y hacer feliz a la gente. Eso es precisamente lo que hizo el pasado 13 de Noviembre. Cuando empezaron a escucharse las detonaciones y vimos a la gente corriendo calle abajo, nos quedamos petrificados y sólo él superó el terror para reunir rápidamente a la clientela y arrastrarnos escaleras abajo hacia el almacén. Luego echó el cierre pero al comprobar que aún quedaba gente fuera cobijada entre las mesas, volvió a abrirlo, las dejó entrar y se apostó en la puerta. Cuando el terrorista lo enfiló con el fusil, Abul Khayr se limitó a saludarlo con un "Salam Aleikum", y eso lo libró del disparo en el último momento y nos salvó la vida a todos.

## Capítulo 6

### **DONDE LA TIERRA ESTÁ MÁS CERCA DEL CIELO**



Atravieso el África subsahariana, esa región del mundo donde la tierra está más cerca del cielo, y de repente se opera un cambio en mi interior violentamente. Una semana lavándome el pelo y el cuerpo con jabón lagarto ha bastado. Identifico el instante del cambio en el viaje de autobús que realizamos hasta Soroti para visitar al director de Médicos Sin Fronteras.

El vehículo es uno de esos desvencijados transportes de provincia. Me coloco en los asientos de atrás. Cuando está lleno todavía sigue subiendo gente. No cabe ni un alfiler. En el pasillo los cuerpos sudorosos se apelotonan de cualquier manera. Una niña enferma vomita a mis pies sobre el vómito de otro niño. La gente ni se inmuta y por poco la pisotean en un descuido. El sol cae recto desde las alturas en las horas más calurosas del día, el interior del autobús es sofocante, el efecto invernadero colapsa todos mis pensamientos y todas mis emociones, así que me concentro en ignorar el calor y rezo para que arranque ya. Estoy

mareado y creo que me voy a desmayar, sudo litros de agua que no tengo, me estoy derritiendo, no se puede respirar, el olor es nauseabundo. Las personas que tengo prácticamente encima soportan este tormento todos los días y para colmo tienen que cargar con bebés y bolsas repletas. La mujer de delante compra un gallo muerto por la ventanilla y me lo planta en la cara. Juro por lo más sagrado que si sobrevivo a ésta, nunca más padeceré en vano. De verdad siento que voy a morir si sigo encerrado un minuto más en esta lata. Me acuerdo de las fotografías sobre traslados de judíos hacia los campos de concentración nazis en los vagones de los trenes de la segunda guerra mundial y me estremezco. Entra un hilo de aire por el ventanuco que tenemos encima y todos estiramos el cuello desesperadamente hacia la corriente redentora. Si tardamos más de diez minutos en movernos voy a tener un problema de verdad. Lucho con tantas fuerzas contra mi yo físico que siento cómo de pronto me volatilizo. Ya no siento dolor. El ruido, el olor y el calor han desaparecido. En ese instante se produce la transformación. Arrancan y resucito sintiendo poco a poco la vibración del autobús en los pies. Vuelvo a ser yo, estoy en mis carnes otra vez, pero algo ha cambiado. Ya no tengo miedo. Ahora comprendo el beneplácito de los africanos con el mundo que les ha tocado. Cuando estás encerrado y ya no tienes fuerzas para luchar, mutas hacia algo más leve, menos humano.

Me he olvidado de lo que era en Madrid. Lo que hacía y por qué lo hacía no me atañen en absoluto. Como cuando tengo hambre y duermo cuando tengo sueño. Obedezco a mi instinto. El cacareo de un gallo, los chillidos de los monos, el ladrido de un perro, el trino de los pájaros, el rasgueo de los grillos, el zumbido de los insectos. Me ducho con luz natural. Desayuno sin prisa un café ugandés exquisito. Salgo, me estiro y me invade un vigor reconfortante. La felicidad debe ser algo parecido a esto. Cada uno se entretiene con sus cosas. La pequeña Fathma deja de trenzar cortezas, se recuesta a mi lado y sin mediar palabra me dibuja una flor de gena en el brazo. Sico se duerme entre las piernas de Nuru mientras ésta estudia el examen de mañana. De vez en cuando me pregunta algo y abandono este diario para explicárselo. Niguana fuma. Hassan y Hussein bailan una canción de musical Bolywood. Dos amigas charlan. Omar piensa en sus cosas. Manolito enreda. Todos estamos tranquilos. Nadie perturba la armonía. Todo está bien. No hay nada que hacer salvo disfrutar de la vida. Las horas se deslizan por encima de nuestras cabezas sin que les prestemos atención.

Estas fiestas de existir son nuevas para mí. Se trata de una desvinculación con respecto al mundo desarrollado que me hace sentir francamente bien, como haber soltado un lastre pesado e incómodo. Al principio me angustia un poco confundir esta liberación con el vacío, me asusta pensar que este saco que he tirado por la borda está lleno de emociones y recuerdos sin los que me dirijo directamente al más profundo desarraigo. Me siento ligero al perder la noción del tiempo y libre de las ataduras materiales y necesidades económicas que hacen que vivir sea algo complicado, pero no

quiero sentirme ligero de responsabilidades y de sentimientos, porque son los que me ayudan a estar cuerdo. El personaje de Marlon Brando en *Apocalypse Now* adquiere una dimensión más cercana para mí, un referente del extremo que no quiero rebasar ahora que sé que esta sensación es posible.

Recupero la impresión de haber vuelto a nacer, pero esta vez no me siento tan solo, porque las cosas importantes laten con fuerza desde la distancia, como un fuego intenso que marca el final del viaje, como la luz de un faro que me guía en medio de la tormenta. No voy a olvidar las mañanas de invierno escribiendo con la estufa en los pies, las horas que he pasado frente al piano, las cenas con mi amigo Juan Carlos, los análisis filosóficos con los que Pablo y yo hemos crecido delante de una cerveza, mi familia perenne y cariñosa, las tardes en el regazo de mi abuela, las caricias de mi hermana, dormir con Cristina entrelazados y sentir su cabeza en mi pecho al despertar.

Al final siempre queda el amor. Es así de simple, así de fácil, así de bonito, y me siento afortunado, porque gracias a ellos, gracias a él, me he salvado. En la casa donde nos hospedaremos en Watamu hay un cartel que proclama en inglés: "Love is enough". Los niños acogidos por la ONG me lo demuestran cada día. Sico me abraza, sonrío, me cura con una mirada. Él sólo se preocupa de vivir aunque el mundo se esfuerce en ponérselo difícil.